

XII. ¡Oh! ¿cuándo tendremos la dicha de ver estas maravillas y gozar de estas delicias? Pero ¿y quién sabe si seremos del número de esos? Así lo espero de tu bondad, oh madre de misericordia, y despues de tantos beneficios de que te soy deudor eternamente, me atrevo á pedirte este como corona y complemento de los otros, y me prometo ser recibido por tu mediacion en la compañía de aquellos que se ocupan por un especial deber en cantar siempre jamás tus alabanzas.

#### CAPITULO XIV.

DE LAS OBLIGACIONES QUE POR TODOS ESTOS TÍTULOS TENEMOS DE AMAR, HONRAR Y SERVIR A LA MADRE DE DIOS.

Como he protestado desde el principio que no quiero indagar en este primer tratado otras excelencias, ni otras grandezas de la madre de Dios que las que le tocan tan solamente, sin apuntar siquiera aquellas que nuestro interés nos hace en cierto modo mas gratas, no traspasaré esos límites en este último capítulo, destinado únicamente á recopilar las obligaciones que por todos los títulos dichos tenemos de amarla, honrarla y servirla.

§. I.—De las obligaciones que tenemos de amarla.

No tengo ahora gana de aglomerar consideraciones para hacer amar á la Virgen santísima: prefiero que el espíritu humano dé rienda suelta á sus deseos y me diga qué objeto de amor puede apetecer una pura criatura que no se encuentre en ella con perfeccion. Con efecto, si pide hermosura, acuérdesese que en el capítulo VI la consideramos la mas hermosa y agraciada entre las hijas de Jerusalem y aun entre las hijas de los hombres. Si

quiere una índole excelente; sepa que la madre de Dios es la idea y el modelo de ella, bastando para prueba lo que nos dicen los doctores y dejamos citado en el mismo capítulo. Si se deleita en los frutos que nacen de un entendimiento aventajado como de un árbol bueno; lea lo dicho en el mismo lugar y hallará motivo de amar cordialmente á la que fué favorecida por Dios con tanta liberalidad. Si su voluntad es atraída por la virtud como por un fuerte iman; sabrá por lo poco que apunté en el capítulo X, que la virtud de esta señora remonta su vuelo mas que el águila real, siendo de admirar especialmente su singular humildad, su grandísima pureza, su mansedumbre, su afabilidad y su magnanimidad, que parece llevarse el precio entre las virtudes mas amables. Si pide nobleza; la de la Virgen santísima (hablo de la temporal) es tan gloriosa como la que mas, segun manifesté en el capítulo VI; y en cuanto á la espiritual es cosa cierta que el parentesco que tiene con las tres personas de la beatísima Trinidad, de que discurri en los capítulos I, IV y V, la ensalza indeciblemente sobre todo lo criado. Si teme ser sorprendido y quiere seguir el ejemplo de los otros verá pasar delante de él á los personajes mas eminentes de todos los siglos y á los ingenios mas aventajados del mundo tan inclinados á amarla, que el mayor pesar que tenian, era de amarla poco. ¿Qué mas puede desearse?

*De las obligaciones que tenemos de honrarla.*

¿Qué decis del arbitrio que discurrió para distinguirse uno de los hombres mas ambiciosos de que nos habla la historia? Aludo á Aman hinchado de soberbia, que aspirando á subir de un golpe al puesto mas eminente y visible aconsejó al rey Asuero vistiese la púrpura real á aquel á quien queria honrar, le pusiese la diade-

ma en la cabeza y el cetro en la mano, le hiciese montar en el caballo del rey llevándole de la brida el primer príncipe de la corte y gritando en alta voz por las calles y encrucijadas de la ciudad que tal honra merecía aquel á quien el rey quería honrar (1). Verdad es que la ambición le cegó cruelmente haciéndole presumir de su mérito hasta persuadirse que él era el único á quien Asuero quería conceder tanta merced; pero no se equivocó en su juicio al medir el verdadero honor por la estimación que el monarca hace de una persona, y al persuadirse ser razonable que todos respeten á aquel á quien él comunica las insignias reales. Si se me dice que el príncipe puede engañarse y conceder su gracia y valimiento mas por inclinación que por mérito, vendré en ello; pero á lo menos habrá que confesar que debemos este respeto al juicio que Dios, sabiduría infalible, hace de una persona, que la tengamos por digna de honor cuando él mismo la honra. A esta máxima me atengo para persuadirme de todo punto á que la madre de Dios merece toda suerte de honor, porque habiéndola honrado Dios, que es la primera regla de toda equidad, de tal manera que le reservó abeterno el primer lugar y la condición mas honrosa entre las puras criaturas, la ensalzó hasta su parentesco y union, que es el punto mas alto de grandeza imaginable, dividió con ella la ventaja de que se gloriaba, de tener por hijo un Dios consustancial é igual á él, derramó en ella sin tasa las gracias y mercedes repartidas á los demás según el orden de su bondad, la preservó á ella sola de la corrupción general de todo su linaje para mostrarla como la rosa entre las espinas, le puso en la cabeza la corona real, y le dió la potestad de disponer de todo cuanto hay en sus

(1) Esther, V, VI.

dominios; ¿qué podemos alegar para resistirnos á honrarla? ¿No es preciso tener el alma de piedra para que no nos haga mella la autoridad del mismo Dios? Y cuando lleguemos á considerar que no solo quiso él honrarla personalmente, sino que además dió orden expresa á todas las criaturas de hacer lo mismo; cuando veamos á los príncipes del cielo dispuestos á manifestarle toda sumisión, la venerable antigüedad con todos los personajes mas eminentes del mundo abatirse delante de ella, todas las órdenes en general reconocerla y pregonarla señora del cielo y de la tierra, todas las naciones del orbe andar á porfía entre sí sobre quién le tributará mas rendidos homenajes; ¿podremos presumir que Dios se equivocó al publicar esta ley ó censuraremos la fiel puntualidad con que los pueblos la obedecen? Concluyamos que es preciso haber perdido el juicio para no someter el suyo al de Dios y haberse despojado de todos los sentimientos de humanidad para negar el homenaje debido á aquella á quien llamamos con razon la hija del Padre, la madre del Hijo, la esposa del Espiritu Santo, la maravilla de la naturaleza, el prodigio de la gracia, el abismo de gloria, el centro de las obras de Dios, el blanco de sus designios, la imágen de sus perfecciones, la señora del cielo, la dispensadora de las gracias divinas, la única hermosa, la única sin mancha, la única santa, la única que de todo punto agradó al que puso su corazón en ella. Al uno y á la otra sea honor y gloria en los siglos de los siglos.

§. III.—De las obligaciones que tenemos de servirla.

¿Por qué no hemos de servirla, pues ella lo merece, la razon lo dicta, los ángeles lo hacen, los hombres lo procuran y Dios mismo no se desdeña de ello? Si que lo merece, y me parece que habria yo adelantado muy

poco en los doce capítulos destinados á probar esta verdad, si mis lectores no hubiesen quedado persuadidos. Si que lo dicta la razon, porque ella lo merece y lo quiere así Dios, que es la primera regla de la recta razon. De que lo quiere tenemos testimonios perentorios en tantas maravillas como ha obrado en el espacio de mil y quinientos años para inflamar nuestros corazones en el servicio de esa señora. Que los ángeles se emplean en ello lo atestan las historias, y si tuviéramos los ojos limpios, veríamos con qué respeto están delante de ella aguardando una mirada, una seña ó alguna demostracion de su voluntad para ejecutarla inmediatamente. En cuanto á los hombres de buena voluntad los hemos considerado con las luces de la razon, y hemos observado que en todas las regiones del mundo hacen lo posible no solo por servirla, sino porque la sirvieran los otros. ¿Puede decirse mas en esta materia sino que Dios mismo se bajó á servirla y lo hizo con una alegría y prontitud divina? A tí sea el honor y la gloria en los siglos de los siglos, oh Dios de soberana majestad, por habernos sugerido tantas industrias y medios de alabar y servir á la que escogió el nombre de tu humilde sierva por su primer título de honor, y especialmente por haberte dignado de abatirte hasta el extremo de darnos en tu propia persona el ejemplo de honrarla y servirla. Para poder seguir las huellas de mi señor y maestro desearia yo, oh santa señora, un corazon como el que pedía el rey Salomon, mas ancho que las orillas de uno y otro mar y mas capaz que el cielo empireo, y quisiera poder emplearle segun toda su capacidad en amarte, honrarte y servirte. En defecto de lo cual me postro á tus pies con toda humildad y te ofrezco de corazon todos los respetos y servicios que te tributaron é hicieron desde el principio del mundo los espíritus bienaventurados todos los descendientes del primer hombre, todos tus hijos mas amados,

todos tus siervos mas fieles y devotos, y particularmente los actos de infinito merecimiento que practicó á este efecto tu muy amado hijo: te ofrezco todos los modos imaginables de servirte que puedes aceptar, y desearia poder hacer yo solo todos esos servicios. Recibe este, aunque pequeño, de la mano y del corazon de uno de tus hijos mas obligados, y para que se te haga agradable pon el corazon que te le presenta, en el estado que le desees.